

de la belleza y vida que por todas partes derrama la primavera, les dirige estas palabras:

275 Vos quoque, iam posito luctu moestoque timore,
Huc facili gressu teneras advertite plantas,
Telluris que comas sacris aptate canistris.
Hic nullae insidiae nymphis, non ulla rapina,
Casta Fides nobis colitur, sanctique Penates.

Mas no sigamos copiando: con igual esmero está escrito todo el *Huertecillo*, pudiendo asegurarse que nada se ha perdonado en él para dar brillo á las formas exteriores. El placer que en nosotros produce no pasa sin embargo más allá de los sentidos, como no penetra Columela la superficie de los objetos que se propone pintar en sus bruñidos versos. Nada ó muy poco le enseña la contemplacion de aquellas flores que quince siglos despues debian inspirar al gran Rioja los melancólicos y dulces cantares, en que derrama tantas y tan profundas lecciones; y hé aquí por qué hemos asentado en el anterior capítulo que fué la literatura española más afortunada que la latina, cuando introdujeron en una y otra sus peligrosas innovaciones los cordobeses Marco Anneo Lucano y don Luis de Góngora.—Columela aparece, como Rioja, precisamente en el momento en que la innovacion obtiene omnimodo triunfo: ambos son andaluces; ambos se duelen de la corrupcion de las letras, y ambos apelan á la imitacion de los grandes modelos para salvarlas de su inminente ruina. Uno y otro cantan las flores: el primero se enamora tal vez de la belleza exterior de sus formas, y aun aspira á describirlas frescas, lozanas y olorosas, tales como aparecen á sus ojos; pero en su mayor entusiasmo juzga que sólo puede sazonar su fragancia el puro licor de Baco, y exclama, dirigiéndose á Nais:

300 Fer calathis violam et nigro permixta ligustro
Balsama cum casia nectens croceosque corymbos,
Sparge mero Bacchi: nam Bacchus condit odores.

La felicidad suprema de Columela, cantada la belleza de las flores y cerrados ya los huertos, estriba en recoger los dones de Baco entre los sátiros lascivos, celebrándole despues con embriagados himnos en su morada:

Et te Maenaliū, tē Bacchum, teque Lyaeum,

430 Laeneumque patrem canimus, sub tecta vocantes,
Ferveat ut lacus, et multo completa Falerno
Exudent pingui spumantia dolia musto.

El segundo, pintor delicado y poeta de dulces y apacibles sentimientos, sin menospreciar su belleza, aprende á conocer en las flores la fragilidad de la vida y la inestabilidad de las cosas humanas; y elevándose tras el simpático afecto que le inspiran, á la contemplacion de las virtudes morales, procura precaverse de los seductores halagos del mundo, mostrándose cual verdadero filósofo. Al reparar en la púrpura encendida de la *Rosa*, émula de la llama del sol, exclama, condolido de su fugaz hermosura:

¿Cómo naces tan llena de alegría,
Si sabes que la edad que te dá el cielo,
Es apenas un breve y veloz vuelo?...

Y meditando en su precoz caducidad, le dice:

Tiendes aun no las alas abrasadas,
¡Y ya vuelan al suelo desmayadas!...

Fijando sus miradas en la *Arrebolera*, se duele de su infeliz destino en esta forma:

Alzas la tierna frente
De la gran sombra en el oscuro velo;
Y mustia y encogida y desmayada
Llegas á ver del día
La blanca luz rosada.
¡Tan poco se desvia
De tu nacer la muerte arrebatada!...

Mas considerando luego cuán vana y deleznable es la dicha de la tierra, añade:

¿Cuál mayor dicha tuya
Que el tiempo de tu edad tan veloz huya?
¡No es más el luengo curso de los años
Que un espacioso número de daños! *

* 1 Silva Á la *Rosa*, vers. 4, etc.; 27, etc.

2 Silva Á la *Arrebolera*, vers. 5 y 36, etc.

La diferencia no puede aparecer mayor entre ambos poetas, siendo uno virtualmente el asunto y el arte en manos de ambos blanda cera. Diráse acaso que no es Columela, como Rioja, ni el poeta ni el sacerdote cristiano, para quien se ofrece la vida como una peregrinación y el mundo como un valle de lágrimas, no excediendo su intento de la esfera meramente didáctica; pero sobre no consistir su mérito, como poeta, en la noción doctrinal del *Huertecillo*, no es posible olvidar que Junio Moderato vive en la Roma de los Claudios y los Domicianos, donde menospreciada toda creencia gentilica, había resonado ya la voz de los Apóstoles y corrido en abundancia la sangre de los mártires de Cristo. Columela, para quien no podía ser un misterio la grande y maravillosa transformación que el mundo estaba experimentando, sólo juzga hacedera la restauración de las letras latinas imitando á los escritores del siglo de oro, y resucitando el culto artístico de las mentidas deidades: esclavo de su educación literaria, sobre pedir á aquel arte sus formas externas, le demanda también inspiraciones, sin ver que, sometándose á las invencibles leyes de la historia, había expirado ya, con la sociedad que le cultivaba. Por eso afirma uno de los más celebrados críticos de nuestros días que todo lo debió Columela al arte homérico, sin que pudiera el arte deberle un solo triunfo ¹: por eso han añadido también otros escritores no menos dignos de respeto, que no ejerció el vate gaditano influencia alguna en la literatura de su tiempo, aun concediéndole que su prosa, así como la de Pomponio Mela, pueda ser presentada cual modelo de pulcritud, pureza y elegancia, según sostienen sus numerosos y doctos comentadores ².

¹ Mr. Nisard, *Études de mœurs et de critique sur les poètes latins de la decadence*, antes mencionados.

² Entre los que más se han distinguido, comentando é ilustrando á Columela, debemos citar aquí los ya referidos Escaligero y Gesnero, y los no menos eruditos Jorge Merula, Fulvio Ursino, Pedro Victorio, Felipe Beroaldo, Pomponio Fortunato, Federico Sylburgo y otros. Á la diligencia de estos entendidos literatos fueron debidas la mayor parte de las ediciones de Mela, quien ya entre los demás escritores *De Re Rustica*, ya solo, figuró como autor clásico desde que Bartolomé Bruscho y Bottono dieron á la estampa sus obras (Regio, 1482, fól.). Son dignas de citarse entre las primeras las reimpresio-

Adicto más que ninguno á los escritores del siglo de oro y docto como ninguno en el estudio de la literatura griega, floreció en aquella misma edad otro ingenio español, que tomando por modelo de elocuencia á Marco Tulio, cuyas heredades adquiere, y por maestro de poesía á Virgilio, cuya tumba restaura y custodia con filial cariño ¹, aspiró á recabar para sí la gloria de ambos ². Era este el andaluz C. Silio Itálico, quien distinguido, más que por su nacimiento y sus riquezas, por la claridad de su ingenio y por su amor á la poesía y la elocuencia, alcanzó al frisar con los cuarenta y tres años (68 de J. C.) la dignidad de cónsul ³,

nes las de Bolonia (1492-1504), la aldina y la merulense (Venecia, 1514), la badina (Paris, 1529) y la de Gesnero (1773).—Ni deben olvidarse las ediciones sueltas de Stéphano (Paris, 1543), de Commelino (Heidelberg, 1594), de Fulvio Ursino (Roma, 1587), y otras que citan ámpliamente don Nicolás Antonio y Rodríguez de Castro.

¹ Consigné estos hechos, honrosísimos para Silio, el español Valerio Marcial en los epigramas XLVIII y XLIX del lib. XI, dignos de ser conocidos de los lectores. El primero dice:

Silius haec magni celebrat monumenta Maronis,
Iugera facundi qui Ciceronis habet.
Heredem domiumque sui tumulive Larive
Non alium mallet nec Maro, nec Cicero.

El segundo está concebido en estos términos:

Iam prope desertos cineres, et sancta Maronis
Nepina qui coheret pauper, et unus erat.
Silius optate succurrere censuit umbrae,
Silius et vatem, non minor ipse, tulit.

² El poeta de Bilbilis decia al propósito (lib. VII, epig. LXIII):

Sacra cothurnati non attigit ante Maronis,
Implevit magni quam Ciceronis opus.

Plinio el mozo hacia relación á la singular predilección que Silio tuvo á Virgilio, observando que veneró á los grandes escritores y á Virgilio «ante omnes, cuius natalem religiosius, quam suum celebrabat» (Lib. III, epist. VII).

³ El ya mencionado Marcial aplaudió la exaltación de Silio al consulado en uno de sus más bellos epigramas (lib. VIII, epig. LXVI), que empieza:

Augusto pia tura victimasque
Pro nostro date Silio Camoenae, etc.

M. Valerio desea que Silio perpetúe en sí aquella dignidad, cual otro Pompeyo ó César, á quienes le compara. No sintieron lo mismo otros coetáneos

obteniendo despues el proconsulado de Asia, provincia que supo gobernar con extremada integridad y justicia, y retirándose al cabo á una de las posesiones que habia adquirido en las campiñas de Nápoles, donde consumió en el pacífico ejercicio de las virtudes el resto de sus dias, pasando de esta vida entrado ya el siglo II¹.

de Silio respecto de los títulos que le subieron al consulado. Plinio escribia: «Laeserat famam suam sub Nerone; credebatur sponte accusasse.» Y tomada en cuenta su buena gobernacion en el proconsulado de Asia, añadia: «Maculam veteris industriae laudabili otio abluerat» (Lib. III, epist. VII). La vaguedad de la acusacion y la certidumbre del aplauso contrastan de tal manera que no es posible recaiga sobre el nombre de Silio la infame nota de delator, ni lo consiente tampoco la tranquilidad con que, segun el mismo Plinio, acabó sus dias.

1 El citado Plinio menciona la muerte de Silio, diciendo: «Modo nuntiatum est Silius Italicus in Neapolitano suo inedia vitam finisse. Causa mortis valetudo (Id., id.). No se sabe con la misma certeza la patria de Itálico, siendo notable la desavenencia que entre los críticos existe sobre este punto. Los extranjeros Adriano Baillet, en sus *Jugemens des Savans* (tomo IV, pag. 177); Cristóbal Cellario, en su disertacion *De Silio Italico, poeta consulari*; G. J. Vossio, en su obra ya citada de *Historicis latinis* (lib. I, capítulo XXIX), y otros muchos comentadores, entre quienes se halla el aragonés Gerónimo de Zurita (*Notas al Itiner. de Antonino*) sostienen que no debe contarse Silio entre los hijos ilustres de la Bética, lo cual ha repetido en nuestros dias el docto Nisard, haciéndole nacer en Roma (*Collet. des Auteurs latins*, tomo VI, pág. 205). Los españoles Florian de Ocampo (lib. IV, capítulo XXXI de su *Crón. gen. de España*); Ambrosio de Morales (lib. IX, capítulo XX de su *Corónica*); Estéban de Garibay (lib. VII, cap. VI de su *Compendio Historial*); don Nicolás Antonio (lib. I, cap. XVIII de su *Bibliotheca Vetus*); Alonso Chacon, Vicente Ximeno, y otros no menos ilustres escritores, defienden por el contrario que fué Silio andaluz y natural de Itálica. El docto anticuario é insigne poeta Rodrigo Caro, apoyándose en la autoridad de Volaterrano, Crinito, Giraldo, Matamoros y Nebrija, no abrigó duda alguna respecto de este punto (*Antigüedades y Principado de Sevilla*, lib. III, capítulo XVII), lo cual manifestó más claramente cuando en su *Cancion á las ruinas de Itálica*, escrita en 1595, decia:

«En esta turbia y solitaria fuente
que un tiempo sus purisimos cristales
en mármol y alabastro derramaba,
dejando el padre Bétis su corriente
con debido laurel las inmortales
sienes del docto Silio coronaba,
y claras le mostraba

Rodeado allí de magnificas estatuas y de preciosas pinturas, que habia recogido con esquisita diligencia; enriquecida su copiosa biblioteca con los más celebrados libros, tanto griegos como latinos¹, consagróse de lleno al cultivo de la poesia², dando la postrera mano á su *Bella punica*, poema empezado en su juventud, y única obra suya que ha llegado á nuestros dias, merced á la erudita diligencia del Poggio Bracciolini, uno de los más doctos investigadores italianos del siglo XV³.

en sus ondas azules
las faces y curules,
con que á Roma y al mundo mandaria,
y aquel sangriento y lamentable estrago
que por los hados de la gran Cartago,
en grave y alto estilo cantaria.
Bétis!... ab, Bétis!... sordo pasa el rio
¡Silio!... dónde estás, Silio?... ¡Silio miol!...
Silio desapareció y la fuente ahora
con el agua que vierte á Silio llora.»

Siguiendo pues nosotros la opinion respetable de tan doctos historiadores y anticuarios, y teniendo en cuenta las frecuentes alusiones que hace á la Bética, ingiriendo nombres, recordando lugares y pintando costumbres propias de aquella region (lib. XVI), no menos que el carácter especial de Silio, considerado como poeta, no hemos osado despojar á la antigua Iberia de la gloria que pueda corresponderle por tal hijo, colocándole entre los escritores españoles del Imperio. Esto mismo hizo el inmortal Rioja, cuando en su *Cancion á Itálica* (si ya es que realmente le pertenece esta poesia) exclamaba:

«Aqui de Elio Adriano,
de Teodosio divino,
de Silio peregrino
rodaron de marfil y oro las cunas.»

1 El citado Plinio decia: «Multum ubique librorum, multum statuarum, multum imaginum, quas non habebat modo, verum etiam venerabatur» (Lib. III, epist. VII).

2 Marcial escribia (loco citado):

Postquam bis senis ingentem fascibus unum
Rexerat, asserto qui sacer orbe fuit:
Emeritis Musis et Phoebus tradidit annos;
Prope suo celebrat nunc Helicon a foro.

3 No solamente debe la república literaria al diligente Poggio Bracciolini ó Florentino el descubrimiento del poema de Silio, sino que durante el Concilio de Constanza descubrió tambien las obras de Quintiliano, que en balde habia procurado completar el Petrarca; parte de las de Aseanio Pediano, y de

Consta el referido poema de diez y siete libros, donde describiendo el origen de Cartago y pintando el rencor de Juno y la enemistad de Anibal para con Roma, abraza desde el principio de la guerra saguntina hasta el triunfo de Escipion, obtenido despues de la batalla de Zama:

Ordior arma, quibus coelo se gloria tollit
Aeneadum, patiturque ferox Oenotria iura
Carthago. Da, Musa, decus memorare laborum
Antiquae Hesperiae; quantosque ad bella crearit
5 Et quot Roma viros: sacri cum perfida pacti
Gens Cadmea super regno certamina movit:
Quaesitumque diu, qua tandem poneret arce
Terrarum Fortuna caput ¹.

Grande era en verdad el asunto elegido por Silio para su obra, y acaso el más digno de la trompa épica entre cuantos podia ofrecerle la historia del pueblo romano. Presentábase á su vista aquella terrible lucha, en que el indomable esfuerzo, la prodigiosa actividad, el odio implacable de Cartago y la fortuna de Anibal pusieron en el último extremo de abatimiento el poder romano. Los grandes desastres de los cónsules, las sangrientas rotas del Trásimeno y de Cannas, el sobresalto del Senado y el terror de la plebe contrastaban grandemente con la heroica perseverancia de aquel pueblo que, aun tantas veces derrotado, no abdicó sin em-

Valerio Flaco, los libros de Ciceron intitulados: *De Finibus et de Legibus*; los escritos de Amiano Marcelino y otras no menos respetables producciones de la antigüedad hasta entonces ignoradas. El nombre de Poggio Florentino, celebrado por todas las naciones, debe ser más grato á la española, pues que sacó de las tinieblas en que yacian, para restituirles su primitiva gloria, á ingenios tan esclarecidos como Silio y Quintiliano. Lástima es por cierto que no haya logrado igual dicha ninguna de las obras en prosa, en que Itálico siguió las huellas de Ciceron, como cultivador de la elocuencia. Los lectores que desearan especial noticia de las ediciones que se hicieron del poema de Silio, desde la primera de Roma (1474) hasta las de Tauchnitz y Nisard (1834, 1837), pueden consultar entre otras las Bibliotecas de Fabricio (tomo I, cap. XII) y Rodriguez de Castro (tomo II, pág. 164 y siguientes), donde se recogen las más selectas noticias que hay en el particular, á excepcion de las relativas á los últimos tiempos.

¹ Canto I, Invoc.

bargo su ambicionada supremacia, logrando al cabo humillar, á fuerza de constancia, al más poderoso y temible de sus enemigos. Europa habia vencido al África: la ciudad de Dido, la señora de los mares, doblaba el cuello ante la ciudad de Rómulo, eclipsándose al brillo del Capitolio aquella civilizacion, que alentada por el espíritu y el genio del Oriente, habia aspirado al dominio de los pueblos occidentales ¹.

Tal fué el majestuoso cuadro que se ofreció á la imaginacion de Silio: la empresa era tan grande como patriótica, aun en aquellos momentos en que, dada á todo género de molicie, olvidaba Roma su antigua austeridad y su heroismo. Mas ¿adoptó el poeta consular el medio más á propósito para desarrollar aquella idea? ¿Escribió un poema épico ó una historia?... Punto es este que debe ser considerado con detenimiento, al examinar su poema *Bella punica*, porque no de otra manera podrá comprenderse lo que este vale y significa en la república de las letras.

No olvidemos ante todo que cuando Silio Itálico concibió el proyecto de su obra, no solamente se habia consumado ya la revolucion, que precipitaron un tanto los Sénecas, sino que habian sido estériles cuantos ensayos hicieron, para restablecer las letras, los más ilustres ingenios, entre quienes alcanzaron distinguido lugar los españoles Mela y Junio Moderato. El escaso éxito de tan reiterados esfuerzos probaba, más que todo, que no tenia ya profundas raíces en aquella sociedad el arte de Virgilio, apareciendo evidente que no era tampoco la imitacion el camino por donde habian de recibir nueva vida la poesía y literatura romanas.—C. Silio Itálico, cuya educacion, erudita por excelencia, le inducia acaso á ver con entero desden las producciones de sus contemporáneos, sólo creyó dignas de veneracion y de estudio las obras de los siglos anteriores: su familiaridad con Homero y Virgilio despertó en su pecho el deseo de seguir sus huellas; y así como Junio Moderato imaginó heredar la dulce zampona del Mantuano, pensó descubrir Silio en el odio de Elisa, movido por la ingratitud de Eneas y pintado por Virgilio, asunto digno de su talento, y aspiró á

¹ Véase lo que sobre este punto expusimos en nuestro primer capítulo, págs. 8 y siguientes.

cantar aquella tenaz lucha, en que se consumaba la terrible profecía, con que la ultrajada reina de Cartago puso fin á su dolorosa imprecación contra el hijo de Anchises:

625 Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor
 Qui face Dardanio ferroque colonos
 Nunc, olim, quocumque dabunt se corpore vires
 Litora litoribus contraria, fluctibus undas
 Imprecor, arma armis, pugnentque ipsi nepotes ¹.

Aníbal era á los ojos de Itálico el legítimo vengador de Dido: Juno la enemiga implacable del pueblo romano. El odio de Juno y la venganza de Aníbal dieron pues nacimiento al poema de Silio, quien se proponía de este modo reanudar la tradición poética, alimentada por el genio de Virgilio. Mas no bastaba el deseo á coronar por su cima empresa de tanto bulto: proclamándose ciego partidario de un arte ya caduco ², creyó sin duda el poeta de Itálica que imitando las formas meramente artísticas y las bellezas de lenguaje de Homero y de Maron, alcanzaria, como ellos, la palma de la inmortalidad, devolviendo su eclipsado esplendor á la poesía latina. Pero si conocía el arte homérico como erudito, saboreando sus bellezas exteriores, carecía su ingenio de fuerza bastante para remontarse á las sublimes regiones de la poesía, apoderándose del único momento que ofrecían las guerras púnicas digno de la musa épica ³; y extraviado en el camino de la imita-

¹ Virg., *Aeneid.*, lib. IV.

² Silius Italicus s'était mis modestement sous l'invocation des poètes du siècle d'Auguste; et de même qu'il leur avait consacré des sanctuaires avec un petit sacerdoce domestique entretenu à ses frais, il leur faisait le sacrifice de sa petite et honnête intelligence, etc. (Nisard, *Étud. de mœurs et de critique sur les poètes de la décadence latine*, tomo II). Plinio el mozo había dicho, refiriéndose al respeto que Itálico tenía á Virgilio: «Neapoli maxime, ubi monumentum eius adire, ut templum, solebat (lib. III, epist. VII).

³ Estamos del todo conformes con estas palabras de Federico Schoell: «Silio eligió un plan defectuoso, prefiriendo el método histórico, que dá á conocer la série de los sucesos relativos á un grande acontecimiento, á la manera poética que escoge en una série de hechos un hecho único, para formar sobre él la acción principal y el blanco constante hácia donde debe encaminarse todo» (*Hist. abbrev. de la lit. lat.*, tomo II, per. IV).

ción, no pudo esta ministrarle la verdadera idea del poema, como no pudo tampoco prestarle la variedad, la flexibilidad y la ternura de afectos, de que no le había dotado la naturaleza. Faltándole pues fuerza y superior aliento para concebir una verdadera epopeya, y siendo en él poco eficaz el sentimiento estético, echóse en brazos de la erudición; y si bien había encontrado en el poema inmortal de Virgilio la idea que dió vida á su obra, juzgó avalorarla con la abundancia y exactitud de los pormenores históricos, y vencido tal vez del aplauso que había coronado la *Pharsalia*, no reparó en que se ponía en abierta contradicción con la antigua escuela, cuyas bellezas ambicionaba. Ciertamente es en verdad que excitado por el ejemplo de Lucano, y olvidada la ímproba tarea que voluntariamente se había impuesto, ya le vemos trazar, como al poeta de Córdoba, fantásticas descripciones, ya pintar maravillosos combates ¹, ya en fin expresar con cierta novedad algunos pensamientos originales. Pero falto de una acción realmente épica, desposeído de un héroe que personifique en toda la extensión por él abrazada, la gran lucha de Roma y de Cartago, atento siempre á la verdad y enlace sucesivo de los acontecimientos, no alcanzan todos estos esfuerzos parciales á sacar su obra de la esfera de la historia, siendo inaccesible para Silio Itálico el noble galardón del arte, á que no sin alguna confianza aspiraba.

¹ Silio no careció en efecto de cierta riqueza al pintar, por ejemplo, la sublime aspereza de los Alpes, cubiertos de eterno hielo, la aterradora grandeza del Etna, ó la austera majestad de los desiertos del África, que puebla, como Lucano, de fantásticos monstruos. Entre estas singulares descripciones nos será dado recordar la del horrible dragón de Bagrada, mencionado también por otros escritores de la antigüedad clásica, y que sirvió sin duda de modelo á la literatura caballeresca para la creación de las sierpes y endriagos vencidos por sus héroes. Régulo, padre de Serrano, lucha pues con el monstruo de Bagrada, y ayudado de Maro, le dá muerte; episodio que ocupa gran parte del lib. VI del poema de Silio (vers. 443, etc.).—Ni es de olvidarse que este logra también animar otro género de descripciones, pareciéndonos no exenta de interés la enumeración que hace de los pueblos que siguen las banderas de Aníbal (lib. III, vers. 234, etc.), ó ya la pintura de las fiestas y juegos con que Escipión celebra en España sus primeros triunfos contra los Cartagineses (lib. XVI, vers. 343, etc.), si bien en uno y otro caso recordemos desde luego los modelos que imita.

Ha sido esto causa de que, ya desde el siglo XVI, le acusen los más señalados críticos de lánguido, frío y esclavo de su lengua y de sus palabras, no descubriendo en el poema *Bella punica* ni la esencia, ni la materia, ni la forma de la poesía épica ¹, por más que introduzca en su obra lo sobrenatural y lo maravilloso, remedando las celestiales asambleas ó las batallas de los dioses del cantor de Aquiles. ¿Ni qué efecto podía producir en medio de la narracion de un combate ajustado á la verdad histórica, la intempestiva intervencion de las divinidades gentílicas? ¿Quién no reconoce la fría excitacion del poeta, que en vano intenta aparecer inspirado, cuando al referir, por ejemplo, la batalla de Cannas, provocada por el temerario M. Varron, pone por vez primera frente á frente á Escipion y Anibal, dando al romano la defensa de Marte y al cartaginés el patrocinio de Minerva?... Silio Itálico dice:

- Stabant educti diversis orbis in oris,
 433 Quantos non alio vidit concurrere tellus
 Marte, viri, dextraque pares, sed cetera ductor
 Anteibat Latius, melior pietate fideque.
 Desiluere cava turbati ad proelia nube,
 Mavors Scipiadae metuens, Tritonia Poeno;
 440 Adventuque Deum, intrepidis ductoribus, ambae
 Contremuere acies. Ater, qua pectora flectit
 Pallas, Gorgoneo late micat ignis ab ore,
 Sibilaque horrificis torquet serpentibus aegis.
 Fulgent sanguinei, geminum vibrare cometem
 445 Ut credas, oculi: summaque in casside largus
 Undantes volvit flammis ad sidera vertex.
 At Mavors, moto proturbans aera telo,
 Et clypeo campum involvens, Aetnaea Cyclopum
 Munere fundentem lorica incendia gestat,
 Ac pulsat fulva consurgens aethera crista.

Tras esta descripción de Minerva y de Marte, en que resalta en demasia el anhelo de producir efecto y escasea la espontaneidad de los rasgos poéticos, manifiesta Silio que ambos guerreros se aperciben de que es cada cual socorrido por una divinidad (sen-

⁵ Barthio, *Adversaria*, lib. VII, cap. III.

sere advenisse deos), y que llenos de alegría al contemplarlas, aumentan sus bélicas iras. Los dioses toman por suya la pelea, del siguiente modo:

- 455 Iamque ictu valido libratam a pectore Poeni
 Pallas in obliquum dextra detorserat hastam.
 Et Gradivus, opem Divae portare ferocis
 Exemplo doctus, porgebat protinus ense
 Aetnaeum in pugnas iuveni, ac maiora iuvebat.
 Tum virgo, ignescens penitus, violenta repente
 460 Suffudit flammis ora, atque, obliqua retorquens
 Lumina, turbato superavit Gorgonia vultu.
 Erexere omnes immania membra chelydri
 Aegide commota, primique furoris ad ictus
 Retulit ipse pedem sensim a certamine Mavors.
 465 Hic Dea convulsam rapido conamine partem
 Vicini montis scopulisque horrentia saxa
 In Martem furibunda iacit, longeque relatos
 Expavit sonitus, tremefacto litore, Sason ⁴.

¿Qué es pues entre tanto de las iras de Anibal y de Escipion?... El padre de los dioses, que no ignoraba tan singular combate, envía á Iris, envuelta en nubes (succinctam nubibus), para que temple la furia de Minerva, conminándola con el poder irresistible de sus rayos, contra los cuales es ineficaz su égida: la diosa duda, pero cediendo al fin, rodea también á su protegido Anibal de una nube (cava nube), le lleva á otra parte del campo de batalla y abandona la tierra (terrasque reliquit).

Hé aquí pues toda la invencion de los cuadros más poéticos de Silio Itálico, para quien nada significa la gran lucha de las ideas que habian conturbado profundamente al antiguo mundo, ni el espectáculo que tenia delante de los ojos, al expirar el primer siglo del cristianismo. Semejante máquina, que sólo pudo tener valor en el arte, cuando era el arte creador de los dioses, siendo ya inútil en la época de Silio, ni aun pudo hallar aplauso entre los doctos del siglo XVI, para quienes tanto prestigio alcanzaba la idea del arte clásico. Por eso los que más concedieron desde aquella edad al poeta de Itálica, olvidando ó desdeñando estas pintu-

⁴ Lib. IX.

ras, se atrevieron sólo á indicar que no despreció los colores poéticos, si bien ateniéndose estrictamente á la verdad de los hechos, se apartó rara vez de la natural exposicion de los mismos ¹.

Ningun crítico ha osado negarle, sin embargo, su no vulgar erudicion, siendo justo reconocer bajo este punto de vista la utilidad grande de su *Bella punica*. El docto Escaligero, el diligentísimo Vossio y los no menos celebrados Marcos Velsero y Olao Orrichio no vacilan en asegurar que es Itálico digno de toda estima por sus grandes conocimientos en la geografia y las antigüedades, manifestando que ilustra con sumo acierto no pocos pasajes oscuros de la historia romana ². Vossio, á quien siguen en este punto la mayor parte de los criticos modernos, asienta finalmente que rectifica Silio con frecuencia á Tito Livio, ampliando y añadiendo varios puntos relativos á la primera guerra púnica, olvidados ó desconocidos por el historiador de Pádua ³.

Esta era pues la principal, si no la única gloria, que podia alcanzar Silio Itálico, siguiendo el camino que adopta, aun concediéndole superior talento. Mas ya vá arriba insinuado: á pesar de su constante empeño por aparecer como imitador de los grandes

¹ Parece fingit, proprior semper veritati, non neglectis tamen coloribus, digressionibus, et caeteris poetarum flosculis (Olao Orrichio, *De poetis*, pág. 64).

² Digno es tambien de ser conocido de los eruditos el juicio que hacen de Silio Itálico los doctos Martin Hanckio, en su obra *De Scriptoribus Rerum Romanarum*, y Adriano Baillet, en sus *Jugemens des savans* (tomo IV, pág. 177 y sigs.). Uno y otro escritor, reconociendo en Silio las dotes que dejamos indicadas, recogen con plausible diligencia cuanto hasta su tiempo se habia escrito sobre el poeta consular, tarea en que no les reconoció ventaja su contemporáneo Cristóbal Cellario, en la disertacion ya citada (Nota 15), acopiando todos los pasajes en que Plinio el mozo, Tácito, Marcial y Sidonio Apolinar tributan elogios ya al talento, ya á la instruccion de Silio.

³ Gerardo Juan Vossio (*De Historicis Latinis*, lib. I, cap. XXIX). Esta observacion de Vossio, que adoptó Rollin (*Hist. anc.*, lib. XXVII, cap. I), ha sido en nuestros dias expuesta por el docto Federico Schoell (*Hist. abbrev. de la Litt. rom.*, tomo II, período IV), y por Mr. Nisard (*Études de mœurs et de critique sur les poètes latins de la decadence*), diferentes veces citado arriba. Lefebure de Villebrune, que es uno de los más esmerados editores de Silio (Paris, 1784), sostuvo por el contrario que su obra de *Bella Punica* estaba llena de poesía, no cediendo á Virgilio y aun igualando á Homero en la grandeza y variedad de las imágenes.

modelos; á pesar de la elegancia de sus versos, compuestos á menudo de hemistiquios de Virgilio y de otros poetas del siglo de oro; á pesar del no disimulado desden con que miró á sus coetáneos, no pudo sustraerse á aquella indeclinable influencia, que cobijaba tanto á la sociedad como á la literatura; y anduvo perplejo más de una vez entre la modesta gloria de la imitacion y el momentáneo aplauso de la muchedumbre, sin alcanzar en consecuencia ni la sencillez admirable de Virgilio, ni las hiperbólicas bellezas de Lucano ¹. Para brillar como el primero, faltábanle originalidad y ternura: para emular al segundo, faltábanle fuerza de imaginacion y osadia. Así, no pudiendo ser grande, como los poetas de Augusto, tampoco logró ser aplaudido á la manera de los Sénecas, corriendo la triste suerte que en todos los siglos y en todas las literaturas cobija indefectiblemente á los simples imitadores.

Mas todos estos generosos, aunque estériles, esfuerzos, así dirigidos á contener el cáncer que estaba devorando las letras y las artes, debian encontrar su interpretacion en el terreno de la teoría, cabiendo la gloria de realizar este pensamiento á otro español no menos digno de alabanza que Pomponio, Columela y Silio. Tal es Marco Fabio Quintiliano.

Señalado este, primero en el foro por su elocuencia ², y dedicado despues á la enseñanza de la oratoria, no solamente practicó é inculcó en sus alumnos las máximas proclamadas antes por Ci-

¹ Nisard, excesivamente severo con Silio Itálico, decia en este punto: «Le style de Silius Italicus participe donc de l'ancienne et de la nouvelle école, ou plutôt n'appartient ni á l'une ni á l'autre; car on n'est d'une école que par des beautés éclatantes ou par des défauts marqués d'une certaine force; et dans Silius Italicus il n'y a ni de ces beautés, ni de ces défauts (*Étud. de mœurs*, etc., tomo II). Menos duros que Nisard, opinan de igual suerte sobre su estilo los más notables criticos modernos, asegurando que, ya exprese la cólera, ya la ternura, hiela al lector con su habitual frialdad (Schoell, loco citato).

² Tan grande era la fama que en su juventud alcanzó Quintiliano con sus *Declamaciones*, que nombrado Galba pretor de la España Tarraconense, le trajo consigo, cuando apenas contaba 19 años de edad, para que ejerciese el cargo de abogado en el tribunal superior de la provincia. Quintiliano habia ya defendido en el foro y en presencia del Senado á Nevio Apruniano y á la reina Berenice, *juvenili cupiditate gloriae* (*Inst. Orat.*, lib. IV).